

riores, no me dicen nada, nada, nada. Bebé desea ir allí como desea correr detrás de una mariposa o abrirle la puerta a un pájaro y yo misma lo acompañe. Otra cosa sería, que yo lo obligara a ir, pues sería lo mismo que impedirle ir . . . Él es inteligente. Yo quisiera ocuparme de él nada más cuando él lo pide. Para mí eso de que más que cuando él lo pide. Para mí eso de que haya querido irse al Convento es lo mismo que cuando quiere descalzarse y se descalza, quiere comer y come, quiere correr y corre. Lo importante es que sea él, y no yo, o su abuelo. ¡Viva la libertad!

Yo he tenido mucho gusto en comunicarte mi verdadero sentir respecto a esto, y me parecería tonto que pensaras de otro modo; es tan natural, tan sencillo, que es lo único verdadero. Oponerse como lo hacen los liberales burgueses envenenados con los folletines de Zola o con la ortodoxia de un

Marxista sería contraproducente, sería despertarle inquietudes que se manifestarían en malicias sobre cosas excesivamente delicadas y sutiles que no llegan a la vida de un niño. Simplemente al dejarlo ir he pensado en lo mucho que sufrí de niña por no haberme dejado nadie hacer lo que yo sentía y quería.

En este momento Bebé ha dejado sus sandalias en la falda de un Fraile y corre por el patio descalzo buscando mariposas. Ya me imagino que le enseñarán el Catecismo y él me dirá todo los días palabras que no entiende, hablará de la virgen "cuando el parto" "en el parto y "después del parto".

Al Fraile Superior le dice Diosecito y cuando encuentra entre tus apuntes que tengo guardados algunas caras de indios, las besa como si fueran santos.

Confío en Bebé, y más que nada en mi gran Ingeniero futuro . . .

2 de julio.—Nunca como ahora he sentido que no tengo nada ni a nadie.

En el más espantoso estado de ánimo te escribo.

El 1º de agosto sale un barco al Havre.

Entre nosotros las palabras han ido quedándose atrás por inútiles. A tus cartas terriblemente frondosas y cálidas he respondido con otras otro tanto cálidas; pero también con hechos que a pesar de todo el cretinismo, de toda la infamia y la vulgaridad de algunos enemigos, quedarán inmutables para siempre.

Cuídate. Tu salud no es buena.

A veces creo que habría que tratarte patológicamente.

El niño y yo estamos muy miserables.

3 de julio.—Urge que pintes algo para vender, si no esta quincena será trágica. Hoy te mando nuevos pinceles y colores. Escríbeme intensamente. ¿Recuerdas que el año pasado en esta fecha llegamos a Nueva York? y vimos el embanderamiento y el desfile militar del poderoso Imperalismo Yanqui? Mañana llega Morrow, te invito a que cuando despiertes en la mañana levantemos el más alto pensamiento de fuerza y de odio contra el representante auténtico de nuestros verdugos criollos.

6 de julio.—¿Has vuelto a recibir carta de aquella Señora?

¿Acaso ha empezado en tu vida de Revolucionario la hora del epistolario sentimental?

En la mañana te mandé una maquinita de rasurar, navajas, espejo y un peso. ¿Recibiste todo?

Besitos apretados.

8 de julio.—Te deseo con todos los matices de la carne. Ponte piedras en los oídos para todo lo que no sea yo.

He sufrido tanto por ti, pero todavía falta que recorra la tierra de rodillas para seguirte, mi revolucionario . . . Hoy y siempre es tuya mi juventud, mi inteligencia, mi belleza y mi hijo. Nútrete de estas cosas esenciales mías.

¿Pero de dónde habrá traído Dios tu corazón y el mío?

Abiertos siempre como las brillantes granadas de los huertos maravillosos . . .

¿Qué mancha oscura y maldita caerá en la frente de los que nos separan!

10 de julio.—Quiero decirte que las cartas que te ha enviado esa Señora, en donde ella misma se llama "una perfecta comunista" . . . las considero verdaderamente vergonzosas para quien las ha hecho.

Por mi parte no hay odio, ni desprecio, ni nada. Si no te tuviera a ti, si no tuviera un hijo maravilloso, si no tuviera también la pasión de cooperar a la realización de un nuevo mundo, tendría siempre y de todos modos mi pensamiento sufrido de belleza.

En el pasillo de la Exposición

—Envío del autor—

Voy a permitirme quedarme en los pasillos del Teatro Nacional, allí con los cuadros que no han tenido lugar en el *Salón de los Adornos*. Con Doreen Vans-ton, Emilia Prieto, Paco Amighetti y los cuadros que allí fueron a parar de Teodorico Quirós, mi compañero.

A mí personalmente el mote de «modernista» me ha hecho mucho daño, y me cuesta convencer a las gentes, por consecuencia de mis esculturas, que lo que escribo es absolutamente sensato; y es porque la gente no quiere darse cuenta, de que una cosa es decorar sirviéndose de la naturaleza, y otra es decir disparates. Yo en plástica hacía antojos con las líneas, con la estilización, pero el que dice necedades seguramente peca contra los deberes de la lógica, que es pecado imperdonable, por lo menos para muchos.

En la mentalidad estrecha de las gentes, solamente cabe parecerse a las telas desteñidas que cuelgan en los museos; éste se parece a Velázquez! un gran elogio! ¡un pobre muchacho de hoy pareciéndose a un buen fotógrafo que murió en 1660!

Para creer hay que querer creer, y si a un cuadro lo vemos como una imagen de la naturaleza, mejor será quedarse con la fotografía; que si le faltan los colores, por lo menos es una copia exacta de lo que el espectador ambiciona ver. Sin embargo, los japoneses no pintan lo que ven, sino lo que la naturaleza les hace sentir y sobre todas las cosas, decoración, que es lo que debe ser la pintura.

Esa obligación de seguirse pareciendo a un cadáver del siglo XIV, es la más cruel de las esclavitudes. Por allí he oído decir que un esquimal al ver un árbol que daba flores rojas se puso a dar gritos porque creía que el árbol se estaba incendiando.

Un amigo español me decía de un

compañero que le daba la lata: «Figúrese Ud. que este señor me viene a discutir sobre religión, una cosa de la cual nadie se ocupa». Ya las tendencias libres han pasado a la historia, debe quedar el artista. A cada uno le tratan de poner un mote tan estúpido como el de cubista, impresionista, dadaísta, cuando lo que se le debe pedir al artista es que sea él. Lo que trata de ser ese grupo que causa miedo en el Nacional, esos deformadores de la naturaleza que tratan de producir una formación artística!

Desde luego, para estos muchachos no habrá, afortunadamente, una medalla que con algún epitafio, los condene a una consagración estúpida. Sin embargo, tienen el gran consuelo de que esos hijos que no quiere el público, acaso por abandono, son más queridos de sus padres.

Para hacer cosas perfectas de técnica fue mucho mejor la anterior exposición de oficios.

¿Quieren Uds. una explicación de ese arte raro?. Pues Jean Coteau la dió hace muchos años:

El muerto: Señor ¿cómo me explica Ud. las catástrofes de ferrocarril?

Dios (enojado): Eso no se explica, eso se siente.

Otro cuentito:

El barbero: Qué le parece (al cliente), que hace diez años vivo en el mismo patio y hasta hoy entra el sol en mi cuarto.

El cliente: Yo hace diez años tengo un Picaso y hasta hoy habla.

En fin, amigos míos *del pasillo*, no se dejen colgar medallas, sepan ser jóvenes, no nazcan cargando desde el primer día el polvo de Velázquez, y no olviden que estar en un pasillo, siempre es menos peligroso que estar en un Salón que no conduce a ninguna parte.

Max Jiménez

Coronado, octubre de 1931.